

# Volver turista

*Nicolás Ruiz*

## I

Hay una sensación peculiar que siempre me ha gustado conjurar: la de sentirse turista. Miedo extraño, fobia a que me vean de la misma forma en que veo, por momentos, a los extranjeros perdidos con un mapa demasiado grande e incómodo que se rebela entre sus manos y el viento; que se me etiquete como yo etiqueto: identificable, vulnerable o externo. No creo que ese temor mío sea algo tan terrible como suena, no hay aquí xenofobia revertida o sentimientos de desprecio: es puro instinto de supervivencia en espejo camaleónico.

Existen varios métodos modernos para enfrentarse a este miedo irracional y pequeño. Uno de ellos es consultar los mapas de antemano, memorizar rutas, preguntar sólo discretamente. El otro nos lo da el celular: pretendo revisar mensajes mientras triangulo una dirección imposible tratando de voltear el teléfono con fingida naturalidad. Muchas veces este tipo de artimañas funciona: uno se siente menos turista, más habitual, menos vulnerable... aunque no lo sea. Cuestión de dar a leer, de representarse.

Pero hay lugares que simplemente no te dejan liberarte de esa sensación. Lugares en los que tienes que entrar, necesariamente, como turista, que te significan tanto como Coyoacán te significa con toda la familiaridad posible de pasearte con un churro en domingo por su liberada plaza. Pero estos lugares que menciono te significan con más violencia que cualquier paseo dominical: están dotados de una cierta aura de autoridad que impide cualquier familiaridad. Uno es introducido ahí, no llega por el azar vagabundo de las calles; uno es custodiado ahí, a nadie engaña; uno no puede conocer de antemano: debe dejarse llevar de la mano.

Estos lugares son repositorios de grandes secretos, de mecanismos ocultos, de poderes prohibidos. Son lugares en los que se resguarda a capa y espada algo intangible, de inconmensurable valor, que debe ser vedado al público paseante, al público que quiere aparentar familiaridad. Estos lugares necesitan visitas, necesitan gritarle al mundo el poder secreto de sus secretos abriendo un poco, apenas, la tapa de sus bóvedas. Pero también necesitan conjurar la voluntad de las visitas, necesitan tenerlas cerca, en correa, obedientes y controladas: se les permite ver y transmitir el secreto, nunca tocarlo u observarlo en todo su esplendor. Las visitas tienen que significar inmediatamente el ser turistas, no hay escape: sería peligroso que alguno pretendiera familiaridad. La visita conoce la Casa Blanca, pero no se sienta en la silla del presidente; la visita se encuentra en el Kremlin sin pasear por sus mazmorras; la visita puede tomar una foto prudente de Buckingham pero no se le permite jugar con los perritos de la reina.

¿Y todo esto a qué va? A que no todo lugar que necesita visitas controladas tiene que ser un legendario escaño de poder. El mecanismo de la imposición turística se utiliza sutilmente en muchos otros lugares privilegiados con discretos discursos de autoridad: ruinas arqueológicas, museos, patrimonios históricos y todas las demás consecuencias de motes rimbombantes de orgullo nacional. Y la sensación se vuelve aún más extraña, aún más enajenante, cuando se trata de lugares vivos, operativos, productivos y funcionales. En este caso no son las ruinas o los museos con sus entrañas vivas de curadores, guardianes y conservadores, sino, más bien, las visitas guiadas a fábricas: el camión escolar afuera y el tour aséptico adentro; la sonrisa en la entrada y el paquete Sonrix en la salida.

Y entre estos dos recintos peculiares que significan por protección impositiva, se encuentra el fondo reservado de la Biblioteca Nacional de México. Sí, hay algo de fábrica en esto, de producción más o menos tangente de significados, de conocimiento; ahí entran y salen cosas, se dan intercambios,

fluyen materias primas de investigación y salen dudas investigativas, pistas de lectura, más de una línea; se manipulan los objetos del secreto, se observan, se cambian de manos, de ojos, de lentes suspendidos sobre inquisitivas narices. Pero también hay algo de museo, algo de zona arqueológica, algo de orgullo nacional por el patrimonio: rápidamente en la visita se citan genealogías, se trazan puentes históricos para que el presente se vuelva más opresivo, para que la causalidad tenga todo su peso sobre los irresponsables hombros del pequeño turista; se mencionan lugares vetados, recónditos, guardados en una infinidad de cajas fuertes sucesivas, matrioskas de iniciados al código; se habla de lo que no se puede tocar, de lo que sólo se puede describir para la imaginación controlada de la visita, de los recónditos lugares que impresionarían a todo el mundo pero que deben permanecer cerrados para seguir representando en su silencio al mundo. En estas líneas patrimoniales, como turista, uno se siente inmerso en las ropas del campesino que se enfrenta a los guardianes de la ley en la parábola de Kafka: esto es nuestro, nos dicen, está aquí sólo para ustedes, pero sólo podrán observarlo de soslayo, con el rincón del ojo en la cerradura de una puerta.

## II

La visita tiene que pasar por una serie de causas significantes. Algunos de estos bloqueos más familiares se pueden sortear con facilidad después de un primer reconocimiento: al principio, todavía se puede aparentar el no ser turista. Se cambia una moneda de diez pesos en la compra de un chicle cualquiera que tendrá el destino fatal de secarse en el fondo de una mochila entre pelusas, basura de sacapuntas, minas de lapicero y monedas de cinco centavos. Con la resultante moneda de cinco pesos se accede con toda naturalidad a los lockers de la biblioteca para depositar ahí esos materiales inocuos que son el terror de los libros: botellas de agua, sándwiches medianamente grasosos, bolsas de tela (cómplices eternas del hurto desprevenido). Y uno sale de los lockers con la

extraña sensación de esa sala que, por todos los signos internos, debería oler más a cloro y resonar más entre chanclas mal ajustadas. Libre de todo pesado compromiso de peligro material, se pasa por el mostrador ejerciendo el viejo arte del guiño amigable al primer guardián de esta amplia entrada. Sentado detrás de su escritorio su misión es la de guiar y advertir al visitante primerizo, a aquél que todavía no puede esconder su cara de turista y que, desprevenido, se enfrenta por primera vez al imponente recinto. Con el guiño no hay registro, ni necesidad de presentar una identificación oficial, ni firma de orden de salida. Bendito sea el guiño.

Y ahí es donde empieza lo bueno. Muchos conocíamos este primer exterior de la biblioteca, los pisos que se amontonan hacia arriba, de un lado libros, del otro periódicos y revistas, en medio el esqueleto peculiar de una ballena de metal y los elevadores visibles con panorámica al catálogo. Pero casi nadie conocía la otra parte, el lugar más escondido, que crece debajo de la biblioteca en zonas arquitectónicas que parecían improbables a primera vista. Y entonces se encadenan una serie de túneles e insignias: un túnel de piedra, un increíble vitral con el emblema de la UNAM y retazos patrióticos en el solemne ámbar, un túnel de madera que vuelve todo más irreal y que advierte la entrada a un espacio extraordinario. La fuente que custodia la entrada al fondo reservado podría ser un despedido del agua como el vitral fue un despedido de la luz.

Nuevas puertas, nuevos detectores de metal –y uno se siente extrañado por la posibilidad que plantea ese aparato, algo así como esa feria del libro en donde miraban debajo de los coches con espejos para que nadie introdujera bombas a las lecturas-, nuevos guardias que no voltean a ver tu guiño, custodios en los que el guiño ya no funciona, que guardan algo tan exclusivo que sólo la jerarquía de las canas y un rostro familiar puede vencer en el celo protector. En este momento ya no había vuelta atrás: todos aquí, al cruzar esas puertas, nos convertimos instantáneamente en turistas. Y como turistas de repente nos reconocimos, en un grupo apretado, sin romper filas, viendo a todas partes con ojos curiosos, con ojos

que fingen mal cualquier naturalidad, con ojos avergonzados, con ojos alegres de sorpresa, con ojos de extranjeros en general, perdidos, invitados a un inframundo de lo más elevado.

Y entonces se presenta nuestra guía: aquella persona que se mueve entre dos mundos, el barquero que aquí viene después de los guardianes, el Caronte que toma el relevo de los cerberos. Se presenta con formalidad, su vestimenta habla de profesionalismo, rectitud y cuidado opaco, sin estridencia, en colores mate. Sus guantes morados, de cirujano o cirujano dentista, parecen llevar años pegados a sus manos, sin sudor, sin molestias, con la naturalidad de la piel de algún otro calcetín que es también gaje del oficio: ella no los nota, nosotros los notamos demasiado; traducen un secreto, algún comportamiento que no conocemos. Me empiezan a sudar las manos. Ya no sólo soy un turista en apariencia sino que mi cuerpo se revela contra cualquier normalidad. Turista hasta el tuétano, turista ajeno al control de sus respuestas fisiológicas. Del cuello de nuestra guía pende un gafete que parece otro símbolo incontestable de autoridad en el recinto. No tengo gafete: esta constatación me hace sentir como niño envidioso, creo que la regresión opera a niveles interesantes, nos falta un camión amarillo a la salida, creo recordar una visita primaria a Universum.

Nos habla del procedimiento, nos reunimos alrededor de ella. La dinámica de guía-turistas se establece a tope: breve exposición, alguna pregunta para hacer sentir al espectador-visitante que tiene algo interesante que compartir él también, que aquí hay una discusión y que el podio está en su cabeza. “¿Alguno de ustedes conocía la Biblioteca Nacional?” Tal vez le habrá decepcionado que no hubiera una respuesta en coro. Se me ocurre bromear: “La conocíamos, pero no en sus entrañas”. Vaya error, no parece gustarle mi comentario. Entonces comienzo a entender: para nuestra guía éstas no son las entrañas, esto no tiene nada que ver con el aparato digestivo que sería más un proceso administrativo, el que demanda y desecha libros, el que alimenta el acervo y lo alivia de su peso. No, esto no tiene nada que ver con los mecanismos orgánicos bajos, aquí no está

el campo de Gargantúa sino la abadía de los telemitas; no entramos a la entraña, sino que penetramos el corazón. Corazón entendido claro como alma, cerebro y motor, lo tangible y lo intangible, donde se juntan trascendencia y cuerpo: el fondo reservado, corazón patrimonial de la Biblioteca Nacional de México. Y yo tratando de bromear para aliviar la tensión. ¡Vaya turista!

Se abren las puertas.

### III

Entramos a una sala de concepción vertiginosa. Es un círculo: visto de frente hay un ventanal que deja ver un exterior para subrayar el interior extraordinario; alrededor paredes llenas de libros enigmáticos protegidos por una barrera discreta de vidrio que sirve como línea amarilla de museo o, con más peligro, de transporte público. Todo es de madera: el piso pulido, las estanterías de libros, la mesa integrada al recinto en semicírculo exacto y el techo cónico que descende, como punta señaladora, hacia una suerte de atril central en donde reposa un enorme tono imponente en la vejez evidente de su empastado de cuero rojo. La mesa es una barra continua que sirve como escritorio unido en semicírculo, con asientos de reunión o para pupilos y asistentes de edades dispares –a partir claro, de los mandatorios 16 años, cuestión de responsabilidades, debida acreditación mediante-. Hay algo aquí de biblioteca pulcra y cuidada, clima controlado, olor a libros fustigados para no almacenar polvo; hay algo también de sala de mando, pienso en *Dr. Strangelove* y me pregunto si el punto de comparación es válido más allá de lo arquitectónico.

Cometemos errores, desprevenidos, que nos señalan más como turistas, queremos tomar fotos, entrar con mochilas, deambular libremente. La guía nos regaña con amable y tajante sorpresa: tal vez hubiéramos sabido todas las reglas si no fuéramos turistas; pero es imposible no ser turista en este espacio que

significa, etiqueta e impone. Nuestro error es comprensible pero imperdonable: primera advertencia que gana nuestra completa y absoluta obediencia.

Esperamos instrucciones.

Nos sentamos torpemente en la mesa circular moviendo las sillas con el menor ruido posible, mirando de reojo a nuestra guía para seguir órdenes precisas, entregamos la voluntad en la entrada: nos es permitida la sorpresa, ya no la iniciativa. En la mesa circular hay cinco tomos misteriosos de diferentes formas y colores. Nuestra guía se planta enfrente de nosotros, entre el atril central y la mesa que lo rodea, está de pie, levantamos los ojos y esperamos el inicio de una presentación que ya ganó nuestro asombro y nuestra sumisión.

Somos turistas y nos portamos bien.

La introducción de nuestra guía empieza con la historia. No podía ser de otro modo. La historia transcurre entre sus palabras como una acumulación de causas lógicas y bien ordenadas que llevaron hasta la constitución de esta biblioteca, de este acervo, de la sala en que nos sentamos. La historia que causa el efecto de una responsabilidad impuesta, compartida, nuestra sin saberlo. Se nos informa, como turistas, de lo afortunadas que fueron las coincidencias que llevaron hasta este momento en que las causas están en manos de los expertos. Eso reconforta. Se nos dice que todo esto es nuestro, de todo el pueblo mexicano. Eso enorgullece. Somos parte de esto entonces, somos responsables por esto y no lo conocíamos, y nadie parece conocerlo. Nuestra labor se muestra en el valor del boca a boca: hay que hablar de este secreto para que todos podamos reconocerlo con la debida distancia, en la higiene de las visitas guiadas.

La exposición de los libros es deslumbrante. Pasan frente a nuestros ojos páginas que han visto cuatrocientos años con su ciego silencio, doscientos años, cien años. Pasan incunables de curiosidades médicas que narran viejas plagas irreconocibles en la ciudad de México, catástrofes salvadas por la intercesión de la

Virgen. Pasan manuscritos que nunca vieron la luz pública, trabajos que se legaron a los siglos sin terminarse, minuciosos, con tachaduras pulcras y cuidadas acuarelas: detrás de sus trazos está la historia de unos dedos, una muñeca, un brazo, un cuerpo, un hombre y, como no deja de señalar nuestra guía, de un trabajo hecho entre deberes monásticos bajo la luz titubeante de la vela. Pasan anécdotas misceláneas, tarjetas coleccionables por niños de antaño y que ahora están vedadas para la edad curiosa del público que consideraron. Pasan, finalmente, las páginas voluminosas de un libro coral de hermosa factura y triste historia de encuadernación; las decoraciones cuentan contextos ajenos a las notas, sincretismos particulares, historia y hombres detrás de ellas. Éste es otro libro pensado para una función que ya jamás cumplirá.

La función de todos estos tomos ha cambiado. Nuestra guía subraya que tal vez nunca más volveremos a ver algunos de ellos. Libros cargados, manipulados, vividos o abandonados que ahora quedan bajo cuidado riguroso, transformando sus conocimientos en testimonio y sus vivencias en dato histórico. Libros que quedan fijados con sus fechas y que ya no acumularán más historia. Desde el momento en que fueron asegurados por este recinto que se pinta en las palabras de nuestra guía como hogar definitivo, parecen impermeables a sucesos futuros, resguardados por la cúspide de nuestro conocimiento bibliográfico y apreciativo. Su vida útil terminó para ceder lugar a la investigación, las visitas guiadas y el resguardo celoso de bóvedas y guardianes, guías y vitrales.

La selección de estos libros estuvo a cargo de la erudición de nuestra guía a la que le apasiona su papel de guardiana-divulgadora y que encontró hitos del acervo que podrían interesarnos. La explicación es jugosa, rica en anécdotas y detalles curiosos, divertida y repleta de nombres, unilateral y solemne al mismo tiempo. La forma en que manipula los libros traduce una familiaridad que nunca tendremos, los vemos con respeto, nos acercamos con distancia, vemos sin tocar, nos sentimos todos desnudos de guantes morados. Todo esto da a pensar en reflejo: el respeto que tenemos por nuestros libros es otro, algunos sí atesorados,



únicos; otros llenos de pegatinas y subrayados, útiles por ser nuestros, testimonio de un recorrido único en tomos impresos por millares. Frente al peso omnipresente de la historia en este lugar podemos pensar en el futuro que no se ve tan claro como lo pinta la seguridad positiva que tiene nuestra guía. ¿Será éste el mismo ordenamiento para nuestros libros en doscientos años? ¿Qué pasará con todos estos archivos? ¿Cómo se transmitirán sus anécdotas? ¿Cómo serán sus guardianes? ¿Qué pasará con los guías y los turistas del después?

El orden definitivo de este acervo se diluye en la perspectiva del futuro: todo ordenamiento está sujeto a contextos cambiantes, toda pretendida ciencia desecha en algún momento concepciones anteriores para dar lugar a nuevas evidencias. Nuestra guía cree firmemente, como su función lo demanda, en la acumulación continua de conocimiento que nos ha llevado a este punto último de progreso en el ordenamiento y la custodia bibliográfica. Pero el camino pudo ser otro y el futuro pinta nuevas perspectivas. La acelerada revolución tecnológica de microprocesadores y computadoras personales, de World Wide Web y conectividad cambiante, ponen a prueba nuestra relación con una materialidad que dábamos por evidente en la lectura, en la concepción de la literatura, en nuestra relación con el libro como objeto, con la página como ordenamiento, con la lectura y la escritura como prácticas.

La visita al fondo reservado intriga en ese sentido, como en muchos otros. Éste es un bastión de la permanencia que está interactuando con un mundo cambiante que necesita regresar a concepciones tan firmes como tambaleantes para encontrar en reflejo perspectivas futuras. Estos libros muestran un pasado pero nos hablan más, a pesar de su hermetismo y de su acceso vedado, del futuro siempre azaroso y arbitrario de los patrimonios.

A la salida, la guía nos da a cada uno un separador de libros. Es el detalle que finaliza una visita pedagógica, la recompensa por buen comportamiento y algo físico como testimonio de nuestra presencia ahí, más allá de la anécdota, en vez

de la fotografía prohibida. En el separador hay imágenes de lugares insignes de la biblioteca: su fachada imponente de concreto con el enorme símbolo de la institución universitaria y tres imágenes más pequeñas de sus entrañas-corazón: la fuente, una escultura, la sala de la visita guiada. Éstas son fotografías permitidas, controladas dentro del marco de la divulgación necesaria. Algunos datos más, sellos institucionales, teléfonos de contacto para planear la siguiente visita guiada: las puertas están abiertas, siempre y cuando permanezcan custodiadas por guardianes responsables que saben convertir al visitante en turista y transmitir las verdades necesarias para la supervivencia del misterioso recinto.

La impresión es de maravilla y extrañeza. Quedan pendientes reflexiones que necesitan tiempo y espacio, reflexiones que giran en torno al deber nacional, institucional, personal en el resguardo de estos libros-secreto-testimonio; en torno a nuestras prácticas de lectura y escritura vistas en reflejo; en torno al respeto y al uso del libro.

El locker me regresa la moneda de cinco pesos con la que afuera puedo consumir lo prohibido adentro: fuego para mi cigarro, agua para mi garganta, tela para mi mochila. Si volteo a ver la fachada de la Biblioteca Nacional, sé que ahora conocí algo más de sus secretos sin conocer mucho, que la visita no quita lo extranjero, que ahora los misterios que resguarda tienen otro rostro y otra profundidad tal vez más misteriosa.

Saco mi teléfono discretamente y, mientras finjo leer un mensaje, comienzo a ubicarme en el mapa: uno siempre vuelve a ser turista.